

fuego material que ardía por de fuera, abrióse paso por medio de las llamas, subió á las enfermerías más altas y hasta la cumbre del edificio, sacó en hombros á los enfermos, arrojó los muebles por las ventanas, no curándose del riesgo inminente de su vida, hasta dejar á todos fuera de peligro, rodeándole á él sólo los borbotones de fuego por espacio de media hora, sin causarle daño alguno. El milagro era patente; pero ¿qué mayor milagro que Juan mismo?

17. Respetado por los elementos, diríase que la muerte era impotente para herirle. Pero, si Juan no había de ser una excepción de la ley común de los mortales, por lo menos había de dominarla en cuanto á sus efectos. Muerto estaba, y se le creía vivo al verlo permanecer de rodillas seis horas enteras, abrazando el Crucifijo. Y no fué la muerte la que lo tendió sobre la tierra. Su cadáver exhalaba celestial fragancia, como en vida la despedían sus virtudes. El nombre de Juan resonó durante un año entero en todos los púlpitos de la ciudad que guarda dichosa sus reliquias.

18. Cristianos: ser de Dios, pertenecerle totalmente, no pensar sino en él, no alentar ni vivir sino para darle gloria y procurársela, haciendo todo el bien posible entre los hombres, he ahí la suma de la grandeza humana, he ahí el ápice de la felicidad. Porque, si el hombre no es de Dios de corazón, como lo es de necesidad, tendrá que ser del mundo, de la carne y del demonio; y, por mucho que blasone, no será más que de sí mismo; y ¡de quién tendrá la recompensa! Tengamos á mucha honra ser de aquel que nos dió el ser, que nos rescató con su sangre, que nos amó hasta morir por nosotros, que se hizo todo nuestro y todavía

nos promete dársenos, en calidad de premio, por toda la eternidad. Ser de Dios es poseerle por gracia en esta vida, y gozarle eternamente en la otra. Así sea.

PANEGÍRICO DE SAN JUAN DE DIOS, PATRÓN DE TODOS LOS HOSPITALES DEL MUNDO

(predicado en su iglesia de Bogotá, 1897).

Juan de Dios, santificado y glorificado por la caridad.

Factus sum infirmis infirmus, ut infirmos
lucrifacerem.

Híceme enfermo con los enfermos, para
ganar á los enfermos.

1 Cor. 9, 22.

1. Ya no tendrán razón para quejarse esos millares y millares de enfermos que yacen en los innumerables hospitales del mundo, como se quejaba el pobre paralítico de la Piscina de Jerusalén¹. Ya no podrán decir: *Hominem non habeo*, no tengo un hombre, un hombre que me tome en brazos, que me mire con ojos arrasados en lágrimas, que tome interés por mi salud. Porque ¡feliz inspiración del cielo! el sabio y misericordioso León XIII, que abarca con mirada de padre universal á los hombres de todo estado, clase y condición, por mísera que sea, ha levantado la potente voz y, empinándose en el solio pontificio y señalando con la diestra mano el cielo: «Enfermos de todos los climas y países de la tierra, ha dicho: *Ecce homo!* ahí tenéis al hombre que necesitáis: mirad á Juan de Dios, sen-

¹ Io. 5, 7.

tado en magnífico trono de gloria cerca del trono de la misericordia¹, bañado el rostro en rayos de divinidad, inclinando el ánimo del Padre celestial en favor de esos queridos enfermos, á cuyo servicio consagró su vida mortal y ahora consagra su poderoso valimento. Ahí tenéis á vuestro Padre, el mismo de siempre, vuestro grande y magnífico Patrono, á cuyo cargo están de hoy más los hospitales de todo el universo y los enfermos de todas las naciones. Dios lo designa por mi boca, y la Iglesia y la humanidad aplauden este nombramiento.»² De manera, cristianos oyentes, que, si antes de ahora la piedad de los fieles en muchos países católicos aclamaba á Juan de Dios patrono de los establecimientos levantados por la mano de la caridad para curar á los enfermos, hoy es la voz autorizada de la Iglesia por el oráculo de su Jefe universal la que así lo decreta, y esta voz tiene resonancia en el cielo y en la tierra. ¡He ahí al amable Fundador de los Hermanos hospitalarios continuando su misión hasta la consumación de los siglos, hasta que ya no haya más enfermos, hasta que todo lo mortal sea absorbido por la vida³!

2. ¡Oh! y ¡cuándo llegará tan fausto día! y ¡cuándo dejará de haber enfermos y menesterosos en este hondo valle de lágrimas y de miserias! Ya lo dijo el Salvador: *Siempre tendréis pobres en medio de vosotros*⁴. Siempre, pues, habrá enfermos á millares y á millones. ¡Oh! ¡si toda la humanidad está enferma! ¡si toda la tierra es un vasto hospital! Hermanos en Jesucristo, abrid los ojos y espantaos: no hay un miembro del cuerpo de la humanidad que esté sano; no hay una partecita de

¹ Hebr. 4, 16.² Decret. SS. D. N. Leonis XIII.³ 2 Cor. 5, 4.⁴ Matth. 26, 11.

este vasto organismo que no esté contaminada¹. El virus mortífero, inoculado en nuestras venas, ha penetrado hasta la medula de nuestros huesos. No os vanagloriéis, hombres sanos y robustos, de la salud y vigor de vuestros miembros: la enfermedad que os aqueja está más adentro, está en el corazón, se ha sentado en las vísceras del alma. ¡Oh! y ¡cuán terrible es; y cuán funestos, sus estragos! Su desenlace no promete ser otro que la muerte, pero la muerte eterna que todo lo destruye, cuerpo y alma. Y ¿no teméis? y ¿nadie parece preocuparse? ¿nadie trata seriamente de ponerse en cura de las dolencias del espíritu? Oíd al Espíritu Santo que os dice: *Podredumbre de los huesos es la envidia*². Y al Real Profeta que exclama, al sentirse pecador: *No hay sanidad en mi carne herida del pecado*³. Escuchad á San Ambrosio que afirma: «Nuestra fiebre es la avaricia, nuestra fiebre es la lujuria, nuestra fiebre es la ambición, nuestra fiebre es la ira. Que no es menos ardiente la fiebre de la concupiscencia que la de la sangre: ésta inflama el cuerpo, aquélla el espíritu.»⁴

3. Mas no hay por qué desesperar. El gran Patrón de los enfermos de todo el universo posee para darnos salud una verdadera panacea, un remedio universal. ¿Sabéis cuál es? *La caridad*. La caridad que le hizo *de Dios*, hízole también *de los hombres*, como al Apóstol: *Hiceme todo para todos*⁵; *Hiceme enfermo para curar á todos los enfermos*⁶. La caridad nos curará, si llega á prender en nuestro corazón, como lo pide hoy la Iglesia por los méritos del Santo⁷. Á este fin

¹ Is. 1, 6.² Prov. 14, 30.³ Ps. 37, 4.⁴ Lib. 4 in cap. 4 Luc., apud Breviar.⁵ 1 Cor. 9, 22.⁶ Ibid.⁷ Eccl. in orat. festi.

vais á ver, 1.º cómo la caridad santificó á Juan de Dios: 2.º cómo lo glorificó. María, tierna madre de nuestro Santo, nos obtendrá los auxilios que le pedimos. Saludémosla etc. *Ave María*.

I.

4. Si es verdad que el egoísmo, el desordenado amor propio, es el mal constitucional del hombre y la raíz de todas las dolencias de su espíritu, no es raro que la virtud opuesta, á saber la caridad, sea el remedio radical y eficacísimo para curar todos sus males. En efecto, cristianos, tiene la caridad un poder admirable para santificar. Y no hablo precisamente de esta virtud sobrenatural en cuanto mira á su objeto primario, que es el mismo Dios, sino en razón de su objeto secundario, el hombre, el prójimo, cuyo amor, ha dicho el Divino Maestro, constituye un precepto semejante al primero de amar al Señor con todas nuestras fuerzas¹. Con razón se dicen semejantes; reflexiona el Crisóstomo, porque el uno es fundamento del otro y mutuamente se apoyan²; y amar á Dios, dice el mismo, es amar al prójimo. Pues este amor al prójimo, como sea verdaderamente sobrenatural, es bastante, hermanos míos, para santificar á una alma como por encanto. ¡Dichoso aquel que, como el pacientísimo Job y como el glorioso San Juan de Dios, lo recibe del cielo directamente, trayéndolo con la misma sangre! De sus virtuosos padres heredólo el niño Juan, y aunque apartado, quizás pérfidamente, del regazo de su buena madre á los ocho años y llevado á tierras lejanas, la caridad, su segunda madre, no le abandonó jamás. No me detendré en

¹ Matth. 22, 39.

² Hom. 72 in Matth., apud Breviar.

aquellos primeros ensayos de su generoso espíritu que ilustraron el largo período que precedió á su conversión, si tal puede llamarse, la mudanza de vida virtuosa en perfecta. Mas no puedo menos de recordar aquellos nobles sentimientos que le arrancaba la vista de las prodigalidades insensatas de los ricos, que tan fuertemente contrastan con las miserias de los pobres. «¡Ah! exclamaba: ¡cuánto mejor se empleara en los pobres lo que se gasta en mantener hermosos y lucidos caballos! ¡Oh, si Dios me llegase á tiempo en que pudiese servir á los pobres, como yo deseo!»¹ No puedo tampoco dejar de pagar un tributo de admiración á aquella conducta suya verdaderamente heroica en que perseveró muchos días y aun meses, cuando, hallándose en Ceuta, en medio de los rigores de aquel clima abrasador, asentó plaza de peón en la fábrica de las fortificaciones para sustentar con su pobre jornal á un caballero y su familia caída en la última miseria. Y esto después de vender en el mercado sus pobres vestidos, y traer el precio al caballero para dar algún socorro á su necesidad. ¿Puede imaginarse, cristianos, rasgo de caridad más hermoso? Con razón admirado el buen hombre llegó á decirle un día: «En verdad, Juan, que, si se perdiera la misericordia, se hallaría en vos.»² Y así fué, dicen sus biógrafos; porque la caridad, desterrada de tantas casas y ciudades, se fué á morar, como en su propio palacio, en los hospitales de San Juan de Dios.

5. Pero, si esto hizo niño aún en la virtud, ¿qué no haría Juan en la virilidad de su espíritu, cuando, como

¹ *Ribadeneira*, Vida de San Juan de Dios (Flos Sanctorum t. III).

² *Ibid.*

San Pablo, hecho ya varón perfecto, llamado por Dios á un grado superior de santidad, pudo decir: «Todo cuanto he practicado hasta aquí, es juego de niños en comparación de lo que me resta que practicar. Desaparezca ya lo imperfecto, y venga la plenitud de la perfección.»¹ Sí, cristianos, los prodigios de caridad ejecutados por el héroe cuya fiesta celebramos, desde el día en que Dios le reveló claramente su misión hasta aquel en que rindió su espíritu en manos del Criador, así como no tienen cuento, ni pueden apreciarse dignamente por humano concepto, así forman la hazaña más heroica que puede acometer un hombre, digna de ser cantada en magnífica epopeya. Pero mi objeto es, por hoy, haceros ver que la misericordia con el prójimo fué como el sello y la forma característica de la heroicidad de este gran Santo. En efecto, así lo tenía decretado aquella admirable providencia que endereza por donde le place la senda de sus escogidos. «Granada será tu cruz»: he ahí las palabras que resonaron en los oídos del pobre aventurero, mercader de libros píos en Gibraltar, y que, iluminando súbitamente su espíritu, le trazaron el rumbo de la perfección, del heroísmo y del cielo. Pero estas palabras no eran bastante explícitas aún. Otro incidente acabará de declararle las disposiciones divinas. Salía de una iglesia de Granada, en donde había recibido el singularísimo favor de ser coronado de espinas por las manos de María, en significación de las muchas y muy agudas que hallaría en su camino, cuando, yendo por una calle, vió sobre la portada de una casa un letrero que decía: *Esta casa se alquila para pobres*. Entonces ya no dudó del

¹ I Cor. 13, 10 sq.

significado de su cruz y su corona de espinas: debía consagrarse al servicio de los pobres: así vió cumplidos sus deseos de antaño, de santificarse por medio de la caridad. Cesaron al punto sus vacilaciones: no más correrías, no más ejercicios que las obras de misericordia practicadas día por día, sin tregua ni descanso, durante el lapso de trece años. Admiremos ahora la manera suave y eficaz con que la caridad elevó á Juan de Dios á la cumbre de la perfección cristiana.

6. Empieza por aquel arduo trabajo de depuración del espíritu de todo lo terrenal y mundano, poniéndole asco á las riquezas, honores y placeres, haciéndole morir enteramente á los sentidos para vivir exclusivamente para Dios y la justicia, como dice el apóstol San Pedro¹. Su pobreza voluntaria es tal que no tiene un rincón donde albergarse, si no se lo dan de limosna compadecidos de verle dormir al sereno y á la lluvia en medio de la plaza pública. Ha comenzado por regalar lo poco que poseía, dando los últimos dineros para libertar presos por deudas; y, no contento con este acto de desprendimiento generoso, llega hasta despojarse de sus propios vestidos. Verdad es que, andando el tiempo, se le ve disponer de cuantiosas sumas depositadas en sus manos por personas caritativas para el socorro de los pobres; mas ¿deja por eso de ser Juan el más pobre entre los pobres? ¿dispone acaso de alguna parte de esos bienes en beneficio propio? Nada de eso; hasta el extremo de su vida aparece tan falto y desnudo de todo como siempre. Nada tiene, nada quiere de los bienes de la tierra, porque la caridad no busca el propio interés, sino el de los demás²: *Non quærit quæ sua*

¹ I Petr. 2, 4.

² I Cor. 13, 5.

sunt. Quien tenía en la mano las llaves de los tesoros celestiales, ¿podía tener algún apego á los falsos y mezquinos bienes de la tierra? Empero, no basta el desprecio absoluto y la renunciación de las riquezas para purificar el corazón; preciso es desprenderse del amor de sí mismo, empresa mucho más ardua y difícil, según San Jerónimo, y en la que propiamente consiste el seguimiento de Jesucristo¹. Juan de Dios lleva el propio menosprecio hasta el grado más subido que quepa imaginarse: en cuanto al alma, hasta gozar con ser reputado por demente y tratado como loco furioso, y como tal escarnecido y voceado en las calles y plazas de una de las más notables ciudades de España, poco antes capital del reino árabe de Granada; en cuanto al cuerpo, hasta convertirse, llevado de un santo odio al pecado, en verdugo de su carne, despedazándola con ásperos cilicios y sangrientas disciplinas, y con tal extremo de rigores que la reduce al último grado de flaqueza. ¡Oh caridad, tan blanda y benigna con todos, aun con los más infames pecadores! ¿por qué, tan austera é implacable con el Santo que te ha escogido por señora de su corazón? ¿Qué misterio es éste, cristianos? *La caridad es benigna*,—dice el Apóstol²; y ¿cómo no tiene lástima del pobre esclavo de los enfermos? ¡Ah! ¡qué secreto de sabiduría divina nos revela el Evangelio por las siguientes palabras: *El que ama su vida, la perderá, así como el que aquí la aborrece y pierde, la guarda para la vida eterna*³! Que, como expone San Agustín, no es amor verdadero de sí mismo, ni aun de la propia carne, engolfarse en los placeres del sentido, más ó menos contaminados todos, para

¹ Hom. lib. 3 in Matth. cap. 19. ² 1 Cor. 13, 4. ³ Io. 12, 25.

pagar después el abuso del goce en abismos de tormento. Tal amor es evidente locura, es odio verdadero. Por otra parte, ¿no era necesario que, quien había de grangearse en el curso de su ministerio de caridad tantos y tan ruidosos aplausos de toda clase de personas, hasta verse aclamado por santo; no era, digo, necesario, que estuviese perfectamente vacío de sí mismo, y desnudo de todo afecto á las vanidades del mundo? Porque, *si alguno ama al mundo*, dice el Apóstol San Juan, *ése no posee la caridad del Padre celestial*¹. ¡Gran lección, hermanos míos, para quien de veras anhela practicar la genuina y sincera caridad cristiana, no la aparente y contrahecha que se aviene con la vanidad y el amor propio! Y, por lo que hace á los rigores con que castiga su inocente carne, ciertamente no manchada jamás con las abominaciones del vicio, pues consta, que amó la castidad toda la vida, San Juan de Dios se proponía sin duda reducir su cuerpo, como el Apóstol, á perfecta servidumbre², á fin de tenerlo dispuesto siempre, de día y de noche, á servir al espíritu en los ejercicios más duros y penosos de la caridad. ¿Hubiera podido de otro modo asistir personalmente á sus queridos enfermos, haciendo él solo muchas veces de enfermero y sirviente y aguador y proveedor de cuanto en un vasto hospital se necesita? ¿Hubiera podido, á no estar del todo muerto á sí y á los sentidos, arrostrar las mil repugnancias que ofrece la asistencia á toda suerte de enfermos, llagados é incurables? Desengañémonos, cristianos: el regalo y la delicadeza, lo mismo que el amor propio, son enemigos natos de la caridad, y el principal obstáculo para su ejercicio.

¹ 1 Io. 2, 15. ² 1 Cor. 9, 27.